

CARLOS LEMOS, EL GRAN ACTOR QUE HOY TERMINA SU TEMPORADA, CUENTA UN POCO DE SU VIDA, DE SUS PERIPECIAS Y AVENTURAS

Desde que se presentó ante nuestro público, encarnando el Crispín de la farsa benaventina, el actor Carlos Lemos ha venido destacando su sobresaliente perfil en el conjunto de la compañía Lope de Vega. Su nombre ha quedado escrito ya en la lista de los grandes comediantes que han pisado las tablas delante de nuestro público. Renovando las viejas glorias de los actores españoles, no desmerece este joven, a quien vemos en el camino de la consagración definitiva, a la par de los que en días más gloriosos de nuestro escenario dejaron un recuerdo deslumbrante en nuestra memoria. Muñoz Thuiller, Fuentes, Díaz de Mendoza, Guerrero, Membrives, Bárcena, Azquerino, Calvo...

En la plenitud de su vida, llega ahora al alto de la cuesta, habiendo dominado el largo, doloroso y lento trecho de la subida. De aquí en adelante el paisaje es más grato, la senda menos empinada, las armas para la lucha diaria están mejor templadas, las espigas granando. Se ha pasado ya el espacio de las borrascas que zarandean la barquilla o el de las grandes caimas que hacen caer las velas desmayadas; en adelante un viento de popa hinchará los trapos, empujando hacia adelante.

El periodista entrevistó a Carlos Lemos para trasladar a estas columnas un poco de la conversación con el inteligente actor. A las pocas palabras se dió cuenta de que es de la estirpe de los que saben lo que dicen, al contrario de tantos otros que apenas si dicen lo que saben.

—¿Cuándo empezó usted en el teatro?

—Cuando tenía doce años. Nací, puede decirse que por casualidad, en Ciudad Real, tierras de Castilla. Vocación y herencia, me empujaron al teatro. Fui hijo de un hogar pobre. Mi infancia y mi juventud fueron duras. A los doce años, con mis parientes, empecé por los pueblos españoles mi camino de teatro. Ahora, cuando veo hacia atrás, todos esos años, con sus espinas duras y sus zarzas desgarantes, con las frescas rosas de los triunfos humildes, a veces clámorosos, por salones y teatrillos de pueblos, con las largas caminatas, apuros y escasez, con sus buenos ratos y sus plácidos descansos, son para mí como una edad dorada, llena de la alegría juvenil, de risueña esperanza, iluminada por la fe, madre del entusiasmo. Ni la fe ni la esperanza se han opacado en mí. Pero todo aquello que pasé, todas las fatigas y pobreza de entonces, son hoy, en

el libro de mis recuerdos, páginas muy queridas y hermosas. De pueblo en pueblo, por fondas y posadas, por escenarios que en veces teníamos que fabricar con nuestras propias manos, largos años anduve peregrinando por mi ancha España, como tantos otros lo hicieran en todos los tiempos, desde hace siglos. En carreta a veces, a veces a caballo, llevando con nosotros telones y vestuarios y aprendiendo las obras a salto de mata, a veces tumbado en la yerba de los campos, otras en los furgones de tercera de los lentos trenes de aquellos tiempos, ya en un rincón del fonducho o en los bancos de las plazas, yo viví esa vida intensa y maravillosa a que se refiere Benavente en el prologo de Los Intereses Creados cuando habla de "la antigua farsa, la que habitó en posadas aldeanas..."

Lemos, a medida que habla y recuerda tiene esa sincera exaltación de los temperamentos pasionales, sin la cual es imposible que haya un actor. Tiene este que ser cálido, que gustar de lo que hace, que sentirse orgulloso de su profesión, que ver delante de sus ojos todos los señuelos que alentaron en sus almas los personajes del mundo maravilloso de la farsa, que ellos han de representar: el señor, el rey, el villano, el místico, el bandido, el celoso, el codicioso, el bueno, el noble, el valiente, el justiciero, el señor. Hombres en fin, hojas del árbol de la vida que los vientos baten, que las brisas mecen y que las calmas aduermen.

—Mi brinco del tablado de la antigua farsa al teatro mayor lo di a los veinte años, cuando conseguí entrar a la compañía Pino-Thuiller. Ah, qué actriz, qué directora era doña Rosario Pino, y qué primer actor Thuiller. De cuanto me han servido los consejos y las enseñanzas de doña Rosario a lo largo de mi vida. La recuerdo siempre y siempre he de hacer un alto en mis palabras a su memoria. Ella, que todo lo tenía, millonaria de todo, todo lo dió, para acabar su vida en modesta humildad.

—¿Cómo empezó en el teatro mayor?

—Por el peldaño de abajo. Al principio un poco desconcertado; yo, que me había embriagado ya con los aplausos rústicos de los públicos de las pequeñas poblaciones haciendo el Manelik de Tierra Baja, o pavoneándome como un estridente Tenorio ante las mozas de los campos, hube de empezar haciendo los más modestos papeles: dos

o tres frases y nada más. Para mí no había un aplauso, para mí no había nada de nada en las glorias de la compañía. Miraba a los actores de primera línea y veía tan largo el camino para que yo pudiera llegar a un papel de segunda... A uno de primera, ni soñarlo. Recuerdo que la primera vez que actúe en teatro grande fue en Segovia. Mi papel era humillísimo. La función empezaba a las cinco. Desde las tres estaba en el teatro. Había comprado un maquiillaje por allí, con el que pensaba decirle adiós a los coloretes con que actuaba por los poblachos, cuando con él y con corcho quemado me hacía mi máscara y note, en cuanto salí a escena, risas en el público. Qué lejos estaba de sospechar que yo las provocara. En cuanto hice mutis, por allí uno de los viejos gatos de tablas me dijo: ve a componerte, que te has puesto un maquiillaje blanquísimo y todo el mundo cree que ha salido a escena la estatua del Comendador. Efectivamente, yo era de mármol. Hasta eso hube de aprenderlo.

—¿Y después?

—Bueno, después. Vea esto... Cuando estrenó una comedia de Benavente, escrita para él, don Jacinto le regaló su fotografía con estas líneas: "Carlos Lemos: cuántas cosas te diría si yo supiese escribir! J. Benavente".

Es una bella historia la del actor, cuajada de anécdotas, con sus luces de triunfos, con sus opacidades de ratos malos, como todas las carreras de los artistas, como todas las luchas humanas, como todas las vidas de los hombres. Es un anecdótico que el peregrinar de teatro en teatro, de ciudad en ciudad y de país en país ha hecho copioso, como una novela de aventuras nobles, en que se va cambiando al alma de matices, hoy melancólicos como la sonrisa de Hamlet, mañana señoriales como un labriego de los campos de Ocaña en quien personifica el admirable Lope el alma orgullosa, buena y señorial de Castilla; que ayer fueran apasionadamente humanos como el Segismundo de La Vida es Sueño; o tan transidos de desesperación, otro día, como el trágico Otelo. Habría para escribir un libro... y nosotros apenas si disponemos de unas pocas columnas. Y sigue diciendo:

—Nada ha sido para mí tan lleno de enseñanzas, tan interesante, como este viaje por América. Con emoción veo que aquí en Costa Rica le pongo punto final. Que es pero que sea un punto suspensivo, pues me alienta la esperanza de

volver a esta otra España que los españoles de allá ignoramos tanto. Es necesario que hagamos mucho por estrecharnos más; que en viemos a América lo mejor que podemos darle, nuestras obras de arte, nuestra literatura, nuestros artistas y que recibamos de esta América española, todo su aliento espiritual, su arte, sus inquietudes, la savia que puede reforzar nuestra vieja encina ibérica. Cuando yo siento a estos públicos agitarse y llenarse de entusiasmo y de fe con Calderón y con Lope, gustar de las mieles quintarianas y de las sutilezas de Benavente, y a los hombres rugir un poco con el Manelik matador de lobos, veo que aquí, en estas tierras verdes y frescas, vive la vieja estirpe ibérica con su noble espíritu amante de lo bello y de lo grande; es decir, me encuentro en mi España. Esto, me ha sido altamente sensible en Costa Rica: es un público con fe, con alma, que siente y se emociona con la palabra y con el arte; es una nación con espíritu. Dicen que ahora es época de vida cara y de apuros. Bueno, todos los países tienen prosperidades y bajonazos. Pero esa materialidad pasa; en "La Tizona" dice el capitán español: "el oro se conquista..." Lo que no se compra, lo que no se puede sacar de las minas, ni hacerse mecánicamente, ni es producto artificial, es lo otro, lo que tiene este pequeño país, su grande y admirable espíritu, su cultura, esa nobleza con que ha acogido a nuestro grupo de artistas y los ha estimulado día con día, afectuosamente. Por suerte hemos podido, correspondiendo así al cariño, con que se nos ha acogido. Vamos todos, sin excepción, reclamando yo el primer puesto, rendidos de afecto, de gratitud y, sobre todo, de admiración por Costa Rica. En los periodistas, en los estudiantes, en esta juventud que alienta esperanzas y quiere hacer muchas cosas con tan cristalino vigor, en todas las capas sociales del país, hemos encontrado una espiritualidad, un sentimiento tan apasionado, por la belleza que, realmente, para mí es como un descubrimiento, pues no lo sospechaba. Vea usted, el mejor cuadro, a mi

juicio, de la exposición que en estos días ha admirado el público en el salón de este teatro, se va conmigo, por la generosidad de su autora, la admirable artista doña Luisa González de Sáenz. Me cautivó desde que entré a la sala esos "Caballos en la Laguna", con esa luz, con esa agua, hechos con esa finura de pinceles que es a la vez de tanta fuerza, en ese estilo como surrealista de tan buen logro. Ahora se va conmigo, para enseñar por donde vaya, para enseñar en España, una concepción de un artista de este país que es como una flor del espíritu costarricense, como un destello de esta luz del trópico, verde, acuoso, lleno de vida, fecundo y maravilloso.

Carlos Lemos habla y vibra al hablar. Tienen sus voces acentos sinceros, con esa misma sinceridad que pone cuando encarna per sonajes, virtud que le ha valido, hace tres años, el premio de interpretación en España, compitiendo con los grandes prestigios teatrales de un país que secularmente ha cultivado el arte escénico con verdadero primor.

Entre los griegos el drama era realmente una forma religiosa. Los artistas, que representaban las obras se cubrían el rostro con máscaras que eran la verdadera persona del actor, lo que llamamos hoy personalidad. Lemos, como los que tomaban parte en la tragedia griega, nos deja en nuestro Teatro Nacional, sus máscaras, con las que actuó en las obras que ha interpretado en esta temporada que saludamos, antes de iniciarse, como un paréntesis de espiritualidad en la prosa llana de nuestra corriente vida. Nos las deja con la honra del buen arte, como la espuma que corona la ola de su carrera de actor, ahora que ya ha subido tanto. Al despedirnos de él, nuestro voto es el de que un día, en la plenitud de su carrera, vuelva a este país e influya para que acá vengan quienes, como él, de verdad prestigien la escena española y sepan encantar a las gentes con sus ficciones maravillosas, trasuntos siempre de deambular del hombre por entre las peñas de sus nobles y de sus bajas pasiones...

PINTURAS EN "LA CASA DEL ARTISTA"